

## EL CRUCEIRO DO HÍO, VERDADERA MARAVILLA

---

### La Obra de Cerviño en Cangas

Por Eugenio Eiroa Hermo

Que el Crucero de Hío es una maravilla, ya nadie lo pone en duda a estas alturas. Toda persona que se acerca a la pintoresca parroquia para admirar la verdadera filigrana que Cerviño supo esculpir en piedra, y hoy van millares, hasta los turistas extranjeros no puede por menos de exteriorizar su asombro ante la genial idea, la maravillosa ejecución y la singular paciencia que su autor ha dejado allí plasmada a la futura contemplación. En efecto la hermosa estampa del crucero pétreo, se reparte ya por doquier en los más distantes puntos.

Pero, pese a la admiración que viene causando esta gran obra, tal vez muy pocos se han parado a averiguar quién ha sido, ni cuáles fueron las circunstancias, de ese picapedrero excepcional que supo dar vida en la materia noble, no sólo al sin par crucero, si no a tantas y tan maravillosas obras que, no por menos conocidas, dejan de merecer asimismo especial mención.

Ignacio Cerviño era, como decíamos antes un picapedrero y nada más. No había tenido estudios, no recibió más preparación ni le fueron dadas otras dotes que las de su propio ingenio, su natural inspiración de lo artístico, su carácter permanentemente observador, y, sobre todo su paciencia que no conocía límites.

Había nacido en Aguasantas (municipio de Cotobade), y, en la época de sus mejores obras, segunda mitad del pasado siglo, presentábase como un hombre enjuto, "secallón", como dicen por aquí nuestros paisanos delgado, más bien huesudo, aunque, en cambio, su estatura era normal. Austero en las comidas, era, no obstante, como buen cantero gallego, estupendo bebedor de vinos, sin que ello quiera decir que se parase demasiado a exigir su calidad, ni que, por otra parte, tampoco esto le hiciera desmerecer sus cualidades. "Bebía anque fora auga", me decían para señalar que todo el vino le era bueno, con tal de que vino fuese.

Por más que ello he puesto empeño, nunca pude averiguar su domicilio. Siempre vivía en las casas de los curas, y la cosa se comprende bien por cuanto su trabajo preferido era la imaginería o los monumentos religiosos. Comía poco y bebía bien, y esto, a no dudarlo, favorecía su remuneración "amantenido". Dicen que cobraba por entonces cinco pesetas día cantidad muy respetable, tratándose del 800. Y ello sin olvidar que por entonces, aparte de trabajar en serio, la jornada duraba "de sol a sol" que es tanto como decir desde la salida hasta la puesta del astro rey.

Su obra, aunque todavía no suficiente divulgada, debió quedar, no obstante desparramada. Recorrió casi todas las parroquias del Morrazo, siendo presumible que en todas ellas habrá dejado muestras de su gran labor, de esa labor que un día, si Dios nos da salud y una paciencia algo parecida a la de Cerviño habremos de recopilar forzosamente, tratando de escribir una historia que quizás resulte interesante.

Y era rápido en su decisión, pues cuentan que un día en Lourizán, a poco de San Andrés, trataba el Cura de lograr que Cerviño le reparase el santo apolillado. Y he aquí el bueno del cantero, queriendo demostrar su capacidad genial, buscó por la misma huerta rectoral un cepo de donde sacar un nuevo Santo. Y como hallase un tronco de "Laranxeiro", ante el asombro del Cura, allí mismo empezó el trabajo, logrando sacarle en procesión, tan solo a los 5 días. Tanto que el Cura muy contento del resultado según cuenta Maquieira, celebraba copa a mano la estupenda hazaña del autor, bautizando al Santo de tal manera:

"En mi huerta te criaste,  
y naranjas te comí:  
Los milagros que tú hagas que  
me los claven a mí".

Cerviño trabajaba lo mismo la piedra que la madera, dominando el hierro igual que la pintura. Conocía, tal vez mejor que nadie, "o arte de destemplan a pedra", regándola previamente con cera virgen caliente, que aplicaba con una brocha, hasta que la absorbiesen los poros, convirtiéndose así el granito en materia dúctil y consistente. Aquel mismo Maqueira otro buen cantero que también es honra de los de su gremio, afirmó que con la cera suelen hacer ellos milagros, pues desde allá por el año 10 pegó un trozo de escalera en la base del altar mayor de la Colegiata, nadie sabe que haya roto hasta la fecha.

Uno de los trabajos más brillantes de Cerviño, debió ser aquel "Dous metros de cadena en pedra" de eslabones completamente sueltos, que únicamente él logró extraer de un solo bloque de granito. Con esta otra de sus maravillas, envuelta en el brazo de dos hombres, concurrió a un concurso de canteros que tuvo lugar en Vigo, donde, si no llegó a obtener el mejor premio cosa que no hemos llegado a saber hoy en día tendría que ser muy asombroso el trabajo que pudiera superar el suyo.

Otra creación del genial cantero, que bien puede parangonarse con su famoso Crucero fue el conocido panteón de "Ranqueta", construido en 1873. Sus columnas salomónicas, sus sarcófagos superpuestos, sus flequillos atrevidos, y, en una palabra, su conjunto de filigrana embarga también la admiración de cuantos visitan la hoy tan abandonada necrópolis canguesa. Otro panteón similar existe en el Ilesario de Aldán, de estilo totalmente diferente, pero revelador, al mismo tiempo, de la enorme capacidad creadora de este hombre que consumió aquí sus mejores energías, dejando en este municipio sus obras más perfectas.



El Crucero de Hío, es anterior. No nos extenderemos en describirlo toda vez que esta maravillosa escultura, conviene verla personalmente para darse idea de la magnitud que tiene. Diremos tan solo que en su base, ya de por si cautivadora e igualmente atrevida, se representa al Purgatorio, donde entre las llamas, no falta el clásico sacerdote con su bonete, ofreciéndose, a la derecha, administración del bautismo por San Juan, mientras que al fondo y a la izquierda, se puede admirar a Adán y a Eva en el Paraíso Terrenal, cuando el momento de la manzana tentadora. Esculpidas en la columna, Adán y Eva arrojados del Paraíso, hoy lamentablemente rotos. La Inmaculada Concepción aplastando a la serpiente, los arcángeles, y, sobre ellos, el soberbio y nunca bien elogiado conjunto del Descendimiento de la cruz, con Jesús, Aritmatea, Nicodemos, San Juan, la Magdalena y la Dolorosa. Las inscripciones que allí grabó Cerviño, sobre todo las de la base están a punto de desaparecer, pidiendo a gritos el clásico tratamiento de la cera. Gracias a

estas inscripciones, pudimos saber algo que ya muchos parecen ignorar: "S. Ema. Rema. Obispo de la Diócesis D. Miguel García Cuesta concedió 100 días de indulgencia a cada uno de los fieles que recen un Credo delante de esta imagen rogando a Dios N. Sr... Iglesia y del Reyno". Por otra inscripción que aparece en la peana, se dice que "Fue hecha esta obra... en el libro de fundación... se hallan en el archivo en la casa Rectoral de la misma "... "Fue hecha esta obra siendo abad el señor..." Debió ser D. Juan Manuel Míguez, pues en las cuentas de los años 1865 a 1874, que él mismo presentó, aparecen consignados 3.332 reales importe de los muros que se hicieron con motivo de la variación que se le dio al atrio para la colocación del Santo Cristo. Tampoco de momento pudimos saber el costo, ya que no de todos los libros parroquiales nos fue dado disponer. Las cuentas que el fabriquero Francisco Javier Piñeiro rindió por la misma temporada (1865-1874), comprenden una partida de 700 reales que el mismo entregó para ayuda del Santo Cristo del Atrio, lo cual dejó a la Iglesia en deuda con aquel, a quien el arzobispo no dejó de reprender "por rendir tantas cuentas". No obstante, la inscripción que aparece en un cartel sostenido por el Ángel que figura enfrente del Crucero, determina claramente la fecha de su construcción; al decir: "Limosna para el Stmo. Cristo de la Luz. Año 1872".

Otras menos meritorias obras en piedra, de Cerviño , fueron la fuente de Santiago (1880), con grupo de un solo bloque, los cuerpos de bóveda en la parroquia de Coiro, y el remate de la torre parroquial de Cangas, a la que el mismo escalaba fácilmente con superdotada habilidad, para colocar aquel famoso gallo veleta de bronce 1887 que el terrible ciclón de una año después, se encargó de tirar a tierra a través de las bóvedas de la Colegiata y de su coro, hasta romper la cabeza del sacristán, que quedó bautizado por esta causa, con el varonil mote del "El Gallo".

Como imaginero, tuvo también Cerviño una actuación ciertamente digna de mejor conocimiento. No nos pararemos en la grande y la laboriosa Mesa de los Apóstoles, del años 80, en la que por su magnitud requirió la ayuda de los mejores carpinteros del pueblo, como fueron José Rial y, entre otros, Francisco Sotelo, abuelo del hoy conocido industrial Baldomero. Talló el Nazareno con su Cruz y el Cireneo, la Verónica, San Juan , la Magdalena, María Salomé y María Cleofé, y hasta el "Francisquiño da Ferramenta", que tanto llama la atención de nuestros chicos, durante la famosa Semana Santa canguesa, hoy también fatalmente en trance de desaparecer por causas inexplicables.

Pero el colmo del arte de Cerviño, la consagración del mismo como verdadero artista y escultor en talla de madera nosotros solemos encontrarla en el "Cristo del Descendimiento", en el "Cristo yacente de la urna", pues sirve para ambas cosas.

Dejando a un lado el ingenioso y perfecto sistema aplicado por el autor para permitir el juego o articulación de los brazos en el momento del Desenclavo, al que quiso imprimir la realidad más palpable la verdadera maravilla está en la propia escultura en el rostro, en el cuerpo, en la pintura. La espalda del Redentor con girones de piel arrancados por los azotes, con las rodillas deshechas hasta dejar entrever los huesos con su costado vertiendo sangre y agua, su cabello



natural, su proporción, su antropometría, le dan un realismo y un valor artístico verdaderamente impresionante.

Para ejecutar esta obra cumbre de Cerviño, que fue hecha en la vieja Casa de las Cecilias (actual calle doctor Losada), se llevó allí contra la voluntad del Viejo Cura don José Martínez la imagen del Santísimo Cristo del Consuelo, que por entonces permanecía tapada con cortinas durante el año, hasta que el Cardenal Martín de Herrera mandó que fueran arrancadas cuando vio tan incompresible ultraje. Personalmente y confesamos no ser críticos autorizados, dejando aparte su valor histórico entre otros, encontramos mejor el Cristo del Descendimiento que el Cristo del Consuelo.

Aunque no hemos acertado a comprender por qué en tanto que este último mide 166 cm., Cerviño le dio al suyo, tan solo 150. No le gustaba copiar y prefería la idea suya. Sea como fuere, el caso es que, uno y otro, ahí están a la consideración de los curiosos, para lo cual deberían darse más facilidades, exponiéndola, no por moderna, menos admirable imagen.

Pese a su grande y meritoria obra, Ignacio Cerviño murió pobre. Dicen que a su crítica situación económica contribuyó no poco su mujer. El caso es que pobre, y ciego para mayor desgracia, terminó sus días subsistiendo de limosna. Mi recordado amigo Manuel Sotelo ("Carrasqueiro"), contaba que cierta vez le dio 5 pesetas, al verle en tan lamentable estado, recordando que su padre trabajó con él cuando la Mesa de los Apóstoles.

Como todos los hombres grandes murió Cerviño en la mayor miseria. No obstante, sin estudios, supo dejar a la admiración futura, la maravilla de sus trabajos y de sus obras excepcionales.

**(Publicado en "San Cristobo 1997". Cangas, xullo de 1997)**